

**IDENTIDADES SIN ESPACIOS DE MEMORIA.
EL CASO DEL ÁREA METROPOLITANA
DE BARRANQUILLA (COLOMBIA)***
Pamela Flores, Livingston Crawford

PAMELA FLORES

INVESTIGADORA GRUPO PBX COMUNICACIÓN Y CULTURA, UNIVERSIDAD DEL NORTE BARRANQUILLA, COLOMBIA. CANDIDATA A DOCTOR EN ESTUDIOS CULTURALES, UNIVERSIDAD DE SEVILLA. AUTORA DE DIVERSOS ARTÍCULOS EN REVISTAS ESPECIALIZADAS Y DEL LIBRO "LA CIUDAD EUROPEA O LOS DESPLAZAMIENTOS DEL CENTRO".
paflores@uninorte.edu.co

Dirección: Universidad del Norte, Programa de Comunicación Social, A.A. 1569, Barranquilla (Colombia)

LIVINGSTON CRAWFORD

INVESTIGADOR GRUPO PBX COMUNICACIÓN Y CULTURA UNIVERSIDAD DEL NORTE, BARRANQUILLA, COLOMBIA Y DE LA ASOCIACIÓN DE COMUNICADORES CALANDRIA, LIMA (PERÚ). PROFESOR CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD SAN IGNACIO DE LOYOLA EN LIMA. AUTOR DE DIVERSOS ARTÍCULOS EN REVISTAS ESPECIALIZADAS. DOCUMENTALISTA.
livingston@calandria.org.pe

* El artículo es resultado del proyecto "Imaginaris urbanos en Soledad, (Atl.) Colombia" desarrollado por Grupo PBX Comunicación y Cultura de la Universidad del Norte.

RESUMEN

Esta investigación aborda algunas de las variables que, en las periferias de las ciudades del Tercer Mundo, inciden en la ausencia de una identidad urbana y de una cultura política democrática, tomando como ejemplo el municipio de Soledad, en el departamento del Atlántico, Colombia. La investigación tuvo como primer objetivo indagar por los sentidos de lo público que construyen los habitantes y para ello se realizó un inventario de los espacios públicos y unos diarios de campo sobre los usos dados a estos espacios. En segundo lugar, nos preguntamos sobre los modos de inserción en las dinámicas urbanas. Las encuestas realizadas confirmaron la ausencia de canales de expresión y participación, con lo cual formas no institucionalizadas de identidad social se convierten en la alternativa para los ciudadanos, en particular, para los jóvenes. De ahí que el estudio centrara sus conclusiones en las demandas que estas realidades presentan al Estado y en los peligros que, para la consolidación de la democracia, implican estas ciudadanía in conclusas..

PALABRAS CLAVE: Espacio público, ciudadanía, Área Metropolitana, Soledad (Colombia), identidad urbana, desplazados.

ABSTRACT

This research approaches some of the variables that, in the peripheries of the cities of the Third World, have an impact on the absence of an urban identity and a democratic political culture, using as specific example Soledad, a town in the department of Atlántico, Colombia. The first objective was to ask for the different meanings given to public sphere by the inhabitants, on the base that public space is the space of public affairs. In the first place, we made field trips to public spaces to create an inventory; and surveys to establish the uses given to these spaces. Secondly, we asked for the dynamics these people had created to insert themselves in urban life. The surveys confirmed the absence of channels of expression and participation making of non institutionalized forms of social identity the only alternative for the citizens, especially for young people. Due to this, the study centred its conclusions on the demands that these realities present to the State and on the dangers that these unfinished citizenships imply to the consolidation of the democracy.

KEY WORDS: *Public space, citizenship, Metropolitan Area, Soledad (Colombia), urban identity, displaced people.*

INTRODUCCIÓN

En América Latina, la expansión de las ciudades ha sido un proceso que ha agudizado los desequilibrios entre los diversos sectores sociales. Impulsado por la miseria y la violencia, el crecimiento urbano ha creado unos modos y prácticas de habitar la ciudad que, en lugar de incorporar a los ciudadanos a las dinámicas de la urbe, tienden a crear prácticas de resistencia o supervivencia que diluyen los antiguos vínculos con lo rural, sin incorporarlos a las dinámicas de los valores ciudadanos propios de la Modernidad.

En el contexto de la globalización, la incorporación a la ciudad de grandes masas de campesinos, durante las últimas cinco décadas, en los países de América Latina, ha creado un mapa de inequidades, resultado de un Estado cuya ineficacia se ha concretado en ausencia de servicios públicos, transporte, recreación, educación y salud; y por la oferta de unos medios multinacionales cuya presencia se concreta, a su vez, en otra ausencia: imposibilidad de acceso a los bienes, espacios y servicios que los medios invitan a consumir. A estas carencias se suma el requerimiento de vivir en la diversidad a unos individuos acostumbrados por siglos a la homogeneidad social y cultural. ¿Cómo se construye una identidad urbana que, por definición, implica el encuentro y convivencia con el otro, en un contexto en donde la ciudad es carencia y el otro es amenaza?

En las grandes ciudades de América Latina, aún en condiciones de extrema miseria, la presencia del Estado empieza a ser una posibilidad. En ciudades como Sao Paulo, México o Bogotá, la visibilidad dada a los cinturones tuguriales por los medios de comunicación y las diversas presiones sobre los Estados para la disminución de los indicadores de pobreza han incidido en la creación de programas que incorporen a los habitantes de los márgenes a la vida urbana y ciudadana. Pero mientras las acciones de los gobiernos y las movilizaciones de la sociedad impactan, así sea lentamente, la cotidianidad de los habitantes más pobres en las grandes urbes, en las periferias de las pequeñas y medianas ciudades, la imposibilidad de acceder a las prácticas urbanas y al ejercicio de la ciudadanía

aleja a los habitantes cada vez más de la contemporaneidad.

En estas ciudades – semirurales, semiurbanas – la ausencia de una cultura política democrática hace que se configuren espacios de luchas de poder marcados por la fuerza, que mantienen vigentes prácticas políticas y económicas que, al ser desterradas, al menos teóricamente, por los principios de la Modernidad, se refugian en poblaciones aisladas en donde las nociones de ciudadanía y de derechos son menos conocidas. Así, la tradicional diferencia entre el campo y la ciudad asume, hoy, un nuevo carácter en muchas regiones de nuestros países. En la misma medida en que el universo rural se extingue y la llegada a las grandes ciudades ya no aparece como una opción deseable debido a la sobresaturación de la pobreza, se crea un nuevo escenario de marginalidad en pequeñas ciudades que tiene características específicas y que presentan problemas inéditos a la construcción de identidades y al reconocimiento de la diversidad.

¿Qué incidencia han tenido para la configuración del Yo, en las ciudades de América Latina, las dinámicas de desarrollo urbano que unieron las ciudades a las periferias? ¿De qué manera se ha construido ciudadanía en sectores tradicionalmente rurales y marginados cuando dinámicas ajenas a esos espacios los han vinculado a la ciudad? ¿Se ha considerado la participación de los habitantes de estas zonas en los proyectos políticos, sociales, económicos y culturales, si los hubiera, otorgándoles la posibilidad de tomar decisiones sobre su futuro?

Estas preguntas, complejas en sí mismas, no tienen unas respuestas idénticas para los diversos casos específicos que se han presentado en América Latina durante las últimas décadas. Sin embargo, sí existe una diversidad de casos en los cuales se verifican hoy nuevas forma de marginalidad generalizada en donde la pertenencia al territorio, como categoría identitaria, se problematiza debido al ejercicio de ciudadanías inconclusas que funcionan en los espacios físicos y simbólicos de las denominadas Áreas Metropolitanas¹.

1 Este trabajo se limita a las áreas metropolitanas conformadas por sectores marginales.

Se constituyen así dos tipos nuevos de habitantes urbanos: un habitante nuevo, desarraigado, proveniente de áreas completamente rurales que intenta, simultáneamente, sobrevivir en un medio que le es ajeno y construir nuevos vínculos identitarios; y un habitante semirural, con dinámicas identitarias propias de su municipio, villa o aldea que, sorpresivamente, se ve invadido por las dinámicas de desarraigo de sus nuevos vecinos y por las inéditas relaciones que le impone el hecho de convertirse en un fragmento de la ciudad. Este trabajo aborda los diversos sentidos de lo público que construyen estos sujetos; los modos que crean para intentar insertarse en las dinámicas urbanas; y las demandas que cada una de estas situaciones plantea al Estado como una contribución a la reflexión sobre la imposibilidad de construir subjetividades y, en consecuencia, ciudadanía en ámbitos precarios y violentos.

IDENTIDAD Y DIVERSIDAD EN CONTEXTOS DE POBREZA: SOLEDAD, UN ESTUDIO DE CASO

El Área Metropolitana de Barranquilla está conformada por el Distrito de Barranquilla y los municipios de Soledad, Puerto Colombia, Galapa y Malambo. Según la Constitución de 1991, “cuando dos o más municipios tengan relaciones económicas, sociales y físicas, que den al conjunto características de un área metropolitana, podrán organizarse como entidad administrativa encargada de programar y coordinar el desarrollo armónico e integrado del territorio colocado bajo su autoridad; racionalizar la prestación de los servicios públicos a cargo de quienes la integran y, si es el caso, prestar en común algunos de ellos; y ejecutar obras de interés metropolitano” (Artículo 319).

Barranquilla es la cuarta ciudad de la República de Colombia y la primera del Caribe colombiano. Centro industrial y comercial desde finales del siglo XIX, Barranquilla inició en la década del sesenta del siglo pasado, un incesante proceso de deterioro de sus fuentes productivas que promovió el empobrecimiento de sus habitantes y de las numerosas familias que llegaban de diversos mu-

nicipios de la región. Se dio, entonces, a lo largo de toda la segunda parte del siglo, un crecimiento desordenado que originó grandes sectores de miseria. Con el tiempo, la expansión hacia el sur, unió a Barranquilla con el municipio de Soledad, una población tradicionalmente rural. Ésta se había separado administrativamente de Barranquilla en 1961, mediante la Ordenanza No. 15, en la cual se ratificaba el deslinde de los municipios de Barranquilla, Galapa, Baranoa y Malambo.



Panorámica del Centro del Municipio de Soledad

Hoy, integrado físicamente a Barranquilla, y con casi 400.000 habitantes, Soledad, según proyecciones del censo de 1993, en conjunto con Malambo, “viene absorbiendo buena parte del crecimiento demográfico, especialmente de los sectores poblacionales de estratos 1 a 3” (Plan de Ordenamiento Territorial, 2000), con lo cual se ha visto disminuida la calidad de vida de sus habitantes. Y a pesar de que espacios tan importantes como el aeropuerto internacional Ernesto Cortizos, la Terminal de Transportes y el Estadio Metropolitano se encuentran en su área,

así como buena parte de la industria manufacturera que todavía queda en la ciudad, Soledad sigue presentando el aspecto de una población semirural que, privada de las dinámicas económicas, sociales y culturales de la vida en el campo, no ha accedido a los bienes, servicios y modos de vida que implica lo urbano.

Por el contrario, el crecimiento ha traído como consecuencia un ciudadano escindido entre lo rural y lo urbano que, mientras pierde los referentes identitarios que le habían proporcionado cohesión, debe enfrentar la diversidad que implica convertirse en receptor de las problemáticas sociales que Barranquilla no ha podido asumir y en el habitante de un fragmento invisibilizado de la ciudad.

Esta diversidad, producto de factores negativos, ha tenido como una de sus causas primordiales la llegada de campesinos desplazados por la violencia producida por el conflicto armado. Estos nuevos habitantes, desarraigados, provenientes de universos rurales, intentan, simultáneamente, sobrevivir en un medio que le es ajeno y construir nuevos vínculos identitarios con la ciudad. Sin embargo, en escenarios de pobreza, los nuevos habitantes aparecen ante los pobladores tradicionales como grupos que aumentan la ya precaria situación del municipio, con lo cual las dinámicas de integración, ya de por sí problemáticas en contextos tradicionalmente homogéneos, deben enfrentar los problemas asociados a la percepción de los otros como “generadores de mayor pobreza”.

Para protegerse, los habitantes tradicionales del municipio producen nuevos circuitos de exclusión sobre la ya marginada existencia de los desplazados. Estos, a su vez, se resguardan en áreas periféricas de la ciudad, construyendo vínculos de solidaridad entre ellos que aumentan la representación que hacen de sí mismos como no sujetos de derecho.

En la actualidad, cuando más de dos tercios de sus habitantes deriva sus ingresos de actividades económicas propias de lo urbano, el municipio se debate, desde lo político y cultural, entre las formas de la vida rural que desaparecen y unos modos precarios y difíciles de insertarse a la ciudad. Solo el 0.3% habita el área rural. Sin

embargo, los ciudadanos viven, en su mayoría, en condiciones de pobreza y sus espacios públicos no les ofrecen las facilidades para vivir adecuadamente la vida en la ciudad.

¿CÓMO SER URBANO SIN ESPACIOS PÚBLICOS?

En Soledad, como sucede en muchas poblaciones de las Áreas Metropolitanas, los sujetos, expulsados de lo rural y obligados a asumir formas precarias de lo urbano, construyen sentidos en medio de la incertidumbre, lo cual se verifica en prácticas sociales fuera de contextos institucionales integradores debido a que la presencia del Estado ha estado marcada por la ausencia y la indiferencia y, en consecuencia, por la falta de planificación y de una noción mínima de la equidad. En este sentido, como lo demuestran el inventario y los diarios de campo realizados durante el curso de esta investigación, la precariedad del espacio público es un signo claro de la ausencia de un proyecto político democrático en el municipio. Los edificios públicos, que deberían constituir los vínculos simbólicos entre los habitantes y el Estado, se encuentran deteriorados y su uso no es grato. Así, la plaza por ejemplo, heredera de la carga simbólica que tuvo como espacio de la comunidad en las poblaciones de América Latina, carece de zonas verdes y de espacios para el encuentro. A pocos metros, el Museo Bolivariano, situado en la casa que acogió al Libertador Simón Bolívar de paso hacia Santa Marta, se encuentra deteriorado y no ofrece a la población atractivos para visitarlo. El cementerio, uno de los iconos de la ciudad, está sucio y descuidado; las plazas no son plazas: sin sombra, sin bancas, sin espacios para departir; y la biblioteca se encuentra cerrada y en estado de completo abandono, ya que no se han destinado recursos para su funcionamiento. Así, la ausencia de espacios lúdicos y la carencia de infraestructura cultural indican la ausencia de un proyecto político para la ciudad y ponen en evidencia que no se ha “programado ni coordinado el desarrollo armónico e integrado del territorio”, de conformidad con los principios de la Constitución. La infraestructura cultural es definitiva para la conformación de

identidades urbanas en el proyecto político de la Modernidad. Sin parques, plazas, bibliotecas o museos, no existe la ciudad. ¿Qué formas de ciudadanía se desarrollan en sujetos desarraigados de lo rural e insertos en espacios urbanos signados por el deterioro y la ausencia de funciones? Si asumimos que “los sistemas de signos sirven al poder, sobre todo, como productores y organizadores de consenso” (Rossi-Landi, 1992: 249), ¿qué tipos de consenso se producen a partir del sistema de signos que configura la carencia de espacios públicos?



Museo Bolivariano de Soledad

Ante la ausencia de un discurso integrador desde el poder, los ciudadanos escenifican su incertidumbre en prácticas sociales y políticas por un lado anómicas; y, por el otro, extremadamente individualistas. Si no hay un proyecto integrador que vincule a los ciudadanos, lo urbano se experimenta como un espacio de insatisfacciones permanentes que cada quien resuelve “como puede”. Sin espacios en donde ejercer lo público, el ejercicio de la ciudadanía se verifica en prácticas formales que institucionalizan relaciones de poder marcadas por la arbitrariedad.

LA PLAZA DEL MERCADO Y LA AUSENCIA DE LAS LÓGICAS DEL MERCADO



Plaza de Mercado de Soledad

En la década pasada, la Administración Municipal construyó un nuevo espacio para el mercado de Soledad. A pocas cuadras de la plaza principal y junto al río, debía levantarse un área adecuada para la compra, venta y consumo de alimentos. En principio, el espacio se constituía en una forma de integrar a los habitantes a las dinámicas urbanas mediante un espacio que, desde lo simbólico, asumía el carácter rural de los pobladores y, simultáneamente, posibilitaba la introducción de unas prácticas asociadas a la ciudad. Entre lo rural y lo urbano, el área podía constituirse en un ámbito de recontextualización de prácticas sociales. Sin embargo, la ausencia de planeación, la falta de una pedagogía del uso de los espacios públicos y de oportunidades para el ejercicio de actitudes ciudadanas transformó el área en un signo de los aspectos más excluyentes de lo urbano: pobreza, insalubridad, marginalidad. Así, el mercado se constituye en un símbolo de la exclusión, ya

que compra, venta y consumo se ejercen en condiciones precarias y muestran la ausencia de actividades productivas que incorporen a la mayoría de la población a las dinámicas de los procesos económicos, sociales y culturales de la contemporaneidad.

Porque, aunque allí no sea fácil leerlo, este contexto local está inmerso en las dinámicas de globalización, la cual, en los lugares más deprimidos del Tercer Mundo asume unas lógicas que conectan a los individuos con nuevas formas de incertidumbre: privados de las certezas que ofrecía un universo rural altamente jerarquizado, estos sujetos no han tenido la oportunidad de construir nuevas certezas que les permitan desarrollar sentidos de pertenencia con espacios y sentidos de la contemporaneidad.

Hoy, las ciudades ya no ofrecen la certidumbre de la fábrica o del almacén (espacios primordiales del capitalismo industrial) en donde quienes llegaban a las ciudades asumían las prácticas urbanas e incorporaban inéditas formas de relación; y nuestros ciudadanos, en las márgenes, no participan en la lógica de los mercados globalizados ya que se integran de manera problemática a las dinámicas de la economía. Excluidos de los espacios productivos, los ciudadanos se insertan en la economía de la violencia o en la economía informal, formas distintas de una misma incertidumbre. Y, en medio de esa incertidumbre, quienes acceden a los espacios del consumo mediante dichas dinámicas económicas, no solo abandonan los espacios tradicionales para ingresar como ciudadanos dudosos a espacios que les son ajenos, sino que imponen relaciones de poder heredadas del universo rural, pero mediatizadas por las formas que ha desinstitucionalizado la violencia.

DE LO PÚBLICO A LO PRIVADO: EL ESPACIO DE LA CASA

Las formas urbanas de la vivienda han sido tan importantes como el espacio público en la configuración de una mentalidad y unas prácticas urbanas. Como en otras ciudades, el crecimiento acelerado de cinturones tuguriales en los municipios del Área Metropolitana

de Barranquilla configura los espacios para una precaria producción de subjetividades debido a que, la vivienda y el barrio (espacios de las iniciales y determinantes construcciones de imaginarios y de destrezas cognitivas y emocionales que posibilitan organizar la experiencia) no ofrecen los referentes para concretar el sentimiento ciudadano.



Viviendas palafíticas en Soledad

El crecimiento caótico que originó estas áreas, asociado a la pobreza y la violencia, ha hecho que la sumatoria de viviendas no configure necesariamente un barrio ni la sumatoria de barrios, una ciudad. Según el Informe de la Vicepresidencia de la República y la USAID, *Dinámica reciente de la violencia en Barranquilla* (2005), “mientras que en Barranquilla se han identificado 19 barrios en donde hay un importante número de desplazados, en Soledad, con una población mucho menor que la de la capital del Atlántico, son 20”. (p. 21). Estos denominados barrios carecen de servicios públicos, pavimentación, acceso a transporte, salud y educación y en ellos, la producción de subjetividades no puede construir, por

la misma incertidumbre (que se deriva, por un lado del hecho de que muchos de estos propietarios son ilegales, y, por el otro, de la conciencia de que no se tiene un lugar en el orden social), mapas mentales en los que el sujeto se perciba a sí mismo como parte de la ciudad.

Simultáneamente, ha venido aumentando una urbanización organizada de viviendas de clase media con servicios públicos, trazado de las calles y algunas zonas verdes, lo cual visibiliza los contrastes sociales e impone una construcción inconclusa de la subjetividad en la medida en que los sujetos de la marginalidad asumen que sus proyectos de vida y sus vínculos sociales tienen que constituirse por fuera de la institucionalidad.

LA VIOLENCIA COMO SUCEDÁNEO

La necesidad de sustituir los vínculos que se les niegan desde la subjetividad conduce a encontrar en grupos de violencia el reconocimiento y el amparo que las dinámicas de la exclusión niegan. Tal es el caso del vínculo de jóvenes a pandillas u otros colectivos ilegales en donde la incertidumbre se resignifica mediante la pertenencia a grupos de poder que ofrecen sensación de seguridad.

El citado informe *Dinámicas recientes de la violencia en Barranquilla* afirma que, entre 1997 y 2004 varios municipios del Atlántico, entre ellos Soledad, presentaron altos índices de violencia. Soledad y Malambo experimentan alzas importantes en las tasas de homicidio desde el 2000. En Soledad, aumentó de 22.1 a 50.1 entre 2000 y 2003 (p. 22)

Ante la imposibilidad de insertarse en las dinámicas de la economía de mercado, desde la institucionalidad; ante una participación política que, cuando existe, está signada por la frustración debido al perpetuo incumplimiento por parte de los gobernantes, las subjetividades que se configuran difícilmente integran los referentes de ciudadanía de la ciudad en la cual estarían inscritos.

Soledad no es un municipio pobre. Por el contrario, es uno de los más ricos del Caribe colombiano. Pero sus habitantes viven

en la pobreza. Si en una democracia la tarea del gobernante es conseguir el equilibrio entre las expectativas de los diversos grupos y las necesidades de la sociedad como totalidad, ello se verifica en el reconocimiento del derecho a la ciudad. Los municipios anexados a las áreas metropolitanas no son la periferia de la ciudad. Son la ciudad. Asumirlos como periferia conduce a seguir representándose sus problemáticas como ajenas.

EL DESPLAZAMIENTO: ENTRE LA MEMORIA Y EL OLVIDO

Según encuestas realizadas por la Presidencia de la República y la Red de Solidaridad Social, la principal ayuda que dice necesitar la población desplazada de Soledad es dotación de vivienda. Con un promedio mensual de ingresos por hogar de \$114.000 (52 dólares aproximadamente), la cotidianidad de las familias desplazadas está construida alrededor de dinámicas de supervivencia. De ahí, que la vivienda sea no solo una necesidad material. Su profundo valor simbólico consiste en la necesidad que tiene el desplazado de contar con un espacio privado en el cual sentirse a salvo. Por otra parte, el 52% de los encuestados afirmó haber venido a Soledad porque “allí tenía parientes o amigos”; pero, cuando se les preguntó por el origen de los alimentos que consumían, afirmaron que en un 91% eran comprados por ellos, y que en un 5% provenían de ayudas de familiares o vecinos. Con lo cual se establece que los vínculos de solidaridad que pretendieron encontrar en el lugar elegido para el desplazamiento son casi inexistentes. En cuanto a las fuentes de ingreso, la mayoría las describieron como actividades “por cuenta propia”.

Tal como se expresó anteriormente, durante el capitalismo industrial, los campesinos que abandonaron la naturaleza para trabajar en las ciudades, encontraron tres ámbitos fundamentales de construcción de identidad: el espacio de la fábrica, que fue mejorando sus instalaciones físicas y sus vínculos simbólicos hasta consolidar sentidos de pertenencia y solidaridad; el espacio público, que construyó vínculos entre el Estado y los ciudadanos de orígenes

diversos; y la vivienda, que generó nuevas formas de vínculos privados para recontextualizar los lazos familiares en el nuevo escenario. En la contemporaneidad, el capitalismo postindustrial en el Primer Mundo, a pesar de la fuerte desterritorialización a que ha sometido los procesos de producción, construye sucedáneos de identidad fuera del ámbito de la producción, creando nuevas formas de agrupamiento y de cohesión social.

En el caso de los desplazados internos en Colombia, los vínculos sociales se reducen, casi por completo, a las familias y a los vecinos en el nuevo espacio. Sin noción de ser sujetos de derecho, sus vínculos con el Estado son débiles. De éste esperan “ayudas”, no el cumplimiento de unas obligaciones. Por otra parte, el espacio físico no constituye espacio de memoria, por lo cual, el desplazado y su familia necesitan construir nexos nuevos con el entorno. Sin embargo, las condiciones de sentirse “en tránsito”; la extrema precariedad del espacio material (las viviendas del 75% de los encuestados no tenía acueducto; el 80% no contaba con alcantarillado; el 67% no contaba con gas domiciliario, y el 84% no tenía el servicio de recolección de basuras); y la permanente percepción de la marginalidad a la cual son sometidos por los pobladores tradicionales no contribuye a que se construyan espacios de memoria en el nuevo “hogar”. Marginados de procesos de socialización como la educación y la participación en actividades de la comunidad, los integrantes más jóvenes de estos grupos de desplazados por la violencia, que son la mayoría, difícilmente pueden construir vínculos positivos con el entorno.

JÓVENES Y DESPLAZAMIENTO:

EL RECONOCIMIENTO EN CONTEXTOS NO INSTITUCIONALIZADOS

El alto porcentaje de jóvenes que presenta la población desplazada (el 64% de los encuestados en Soledad es menor de 25 años y solo el 32% asistía a un establecimiento educativo), en conjunción con la insuficiencia de los programas de gobierno, hace que la mayoría de ellos no sean integrados a las instancias tradicionales de

socialización. Se desarrollan, entonces, prácticas sociales de resistencia y supervivencia. Ante el desarraigo, grupos que se imponen mediante la fuerza, como las pandillas juveniles o grupos religiosos totalitarios, son igualmente eficaces para disminuir el sentimiento de desamparo, de no pertenencia, y como oportunidad para construir espacios de reconocimiento. Estas nuevas generaciones son irremediabilmente urbanas, pero la ciudad para ellos es un espacio difícil en el cual el olvido es un imperativo y la memoria un hábito que hay que desterrar.

Los vínculos familiares, que son primordiales para sus padres, se relativizan, ya que la familia no puede ofrecer los referentes identitarios necesarios para sobrevivir en el nuevo espacio; y, simultáneamente, los vínculos con el campo se diluyen, ya que la memoria no es grata (las razones que dan para el desplazamiento son en su orden: amenazas, masacres y enfrentamientos armados) y las actividades del campo ya no parecen atractivas; pero además, si la ciudad se les aparece, en su contexto inmediato, como precariedad, también les presenta el espectáculo de la posibilidad, de lo que “podría ser”.

En la encuesta mencionada, el 71% de los entrevistados afirma querer permanecer en Soledad, y solo el 4% señala que preferiría retornar a su antiguo hogar. Ante la pérdida de los antiguos vínculos y las dificultades para construir nuevos escenarios de comunicación y convivencia, ¿cuáles serán las dinámicas que construirán estos jóvenes para integrarse al espacio urbano con toda la precariedad, física y simbólica que éste presenta? Durante el proceso de formulación de un proyecto de Cultura y Convivencia para el departamento del Atlántico, realizado en diciembre de 2005 por el Ministerio de Cultura y el Grupo PBX de Investigación en Comunicación y Cultura de la Universidad del Norte, se llevaron a cabo 300 encuestas en 15 de los 22 municipios del Atlántico, incluido Soledad. El objetivo de la encuesta fue establecer la principal problemática en el departamento, sobre la convivencia desde la perspectiva del reconocimiento de la diferencia. Los resultados condujeron a la conclusión de que, en el centro del problema, se

encuentra “la incapacidad de los habitantes del municipio para dialogar con la diferencia (miembros de la familia, vecinos, jóvenes y adultos, diferentes grupos étnicos, hombres y mujeres, Estado y sociedad civil)”, ya que ésta se asume como un “riesgo para la identidad del municipio”.

De ahí que en los recorridos por cada una de las poblaciones para identificar espacios en donde se posibilita la interacción con la diferencia, se encontrara que no existen áreas para discapacitados; las mujeres continúan excluidas de los espacios públicos; la plaza es un espacio, fundamentalmente, de hombres, con excepción de actividades específicas; las comunidades indígenas y afrodescendientes, en donde las hay, usan sus propios espacios sin mezclarse con el resto de la población; el enfrentamiento entre jóvenes y adultos es continuo; y los desplazados son permanentemente marginados del resto de la comunidad (Mincultura, Uninorte: 2005).

En este contexto, las dinámicas de reconocimiento que vienen generando los jóvenes desplazados son complejas. A diferencia de sus padres, estos jóvenes acceden, así sea en forma precaria, al universo de los derechos. Su particular forma de acceso a lo urbano los va colocando, desde lo político, entre el discurso contemporáneo del reconocimiento de la diversidad y del ejercicio de derechos fundamentales y unas instituciones gubernamentales que no resuelven sus necesidades básicas; y, desde lo económico, entre los discursos del consumo del mundo globalizado y la falta de oportunidades de educación y de empleo. Al margen de esto encuentran también otros discursos y realidades: formas de resistencia que les otorgan un lugar en el orden social y les ofrecen las seguridades que la familia, el Estado y la comunidad no pueden ofrecer. De ahí que, si las comunidades no aprenden a convivir en la diversidad y el Estado no asume plenamente sus compromisos, las formas de relación y de búsqueda de reconocimiento de estos nuevos actores sociales conducirán al fortalecimiento de nuevas actitudes antidemocráticas, ya que los espacios ganados mediante la fuerza o la adhesión incondicionada a instancias de identidad, generarán nuevos ámbitos de intolerancia que reactualizarán las antiguas prácticas de marginalidad y opresión.

CIUDADANÍAS INCONCLUSAS

En este contexto de deterioro creciente, podemos concluir que los procesos de construcción de las identidades y subjetividades en América Latina, no constituyen espacios democráticos.

En primer lugar, la precariedad del yo en el proyecto liberal del Tercer Mundo hace que el sujeto, inserto en dinámicas de supervivencia, no pueda producir una reflexión de lo que considera “vida buena” y, por tanto, no pueda desarrollar un sentido ético que lo conduzca hacia la mayoría de edad. Ello deteriora en forma creciente las relaciones en el espacio de lo público y libera a los gobernantes de las responsabilidades con los ciudadanos. En contraposición, se mantienen relaciones de dominación y dependencia en donde los “favores” constituyen el vínculo en los intercambios entre gobernantes y gobernados.

En segundo lugar, estas ciudadanías inconclusas se encuentran excluidas no sólo de las dinámicas locales y nacionales sino que, en el contexto de la globalización, se evidencia la exclusión de modelos de democracias participativas. Es decir que en un medio en donde el ejercicio de lo público está marcado por la frustración ante los compromisos no cumplidos y diversas formas de violencia, los individuos tienden a identificarse con las prácticas de consumo de los habitantes del Primer Mundo, pero no con su ejercicio ciudadano y su noción de ser sujetos de derechos.

Por último, ello conduce a la exacerbación de una individualidad anómica en contextos en donde (en contraposición con el Primer Mundo) las lógicas del consumo evidencian las carencias. Sin reglas internas que lo rijan y sin un contexto legal y jurídico sólido, el individualista en las periferias del Tercer Mundo, asume su derecho a insertarse en los circuitos del consumo desde la fuerza que promueven formas no institucionalizadas de relaciones económicas y políticas, las cuales ocupan los vacíos que la ausencia de Estado ha dejado en estas áreas que, aún unidas físicamente a la ciudad, siguen estando en otro lado. 

REFERENCIAS

- Carta Mundial Derecho a la Ciudad*. <http://www.choike.org/nuevo/informes/2130.html>
- COLOM, F. (1998) *Razones de identidad*, Bogotá: Anthropos.
- CRAWFORD, L. (2000, noviembre). Diagnóstico y prospectiva de la Infraestructura cultural de Barranquilla. En *Investigación y Desarrollo*, 8 (2), pp. 216-243.
- GARCIA CANCLINI, N. *Consumidores y ciudadanos*. México: Grijalbo.
- FLORES, P. (2004): *La ciudad europea o los desplazamientos del centro*. Barranquilla: Ediciones Uninorte.
- KYMLICKA, W. (1996). *Ciudadanía multicultural*. Barcelona: Paidós.
- RED DE SOLIDARIDAD SOCIAL, PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA (2004). Datos del desplazamiento por causa de la violencia Soledad. Encuesta.
- LEFEBVRE, Henri (1968): *El derecho a la ciudad*. Trad. J. González Pueyo, 1995. Barcelona: Península.

- LYNCH, K. (1960). *La imagen de la ciudad*. Trad. Enrique Revol. Barcelona: Gustavo Gili, 2001, 5.
- LYNCH, K. (1996). *La imagen de la ciudad*. Buenos Aires: Infinito.
- MATTELART, A. (1995). *La invención de la comunicación*. México: Siglo XXI.
- MUMFORD, L. *The city in history*, 1961. Trad. cast. *La ciudad en la Historia. Sus orígenes y transformaciones*, Buenos Aires: Infinito, 1968, 2 vols.
- MINCULTURA, UNIVERSIDAD DEL NORTE (2005). *Proyecto "Cede la palabra: El diálogo en la plaza, como vehículo de reconocimiento de la diferencia"*. Informe de investigación. Constitución Política de la República de Colombia.
- ROSSI, A. (1966). *La arquitectura de la ciudad*. Trads. Josep María Ferrer-Ferrer; Salvador Tarragó. Barcelona: Gustavo Gili, 1999, 10.
- ROSSI-LANDI, F. (1992). *Between signs and non signs*. Amsterdam: John Benjamin.
- ROMERO, J.L. (1976). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- VICEPRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA (2005). USAID, *Dinámica reciente de la violencia en Barranquilla*. Informe. Bogotá.
- VIGIL, N. & ZARIQUIEY, R. (2003). *Ciudadanías inconclusas: el ejercicio de los derechos en sociedades asimétricas*. Lima: GTZ, Cooperación Técnica Alemana.
- ZUKIN, S. (1995). *The culture of cities*. Cambridge: Blackwell, 1997.